

Curso de capacitación para educadores cristianos infantiles

PATROCINADO POR



IMPARTIDO POR



Centro Superior
de Teología

Tema 2. El maestro.

2.1. Capacitado para enseñar

PROFESOR

Dr. José Luis Fortes Gutiérrez

Curso de capacitación para educadores cristianos infantiles

Sumario

Lecciones anteriores:

Tema 1. El alumno

1.1. Razones e importancia de la enseñanza de la Palabra de Dios a los niños

1.2. Psicología y pedagogía del alumno

1.3. El alumno como recipiente de salvación y santidad

Lección cuarta:

Tema 2. El maestro

2.1. Capacitado para enseñar

2.1.1. El poder de la gracia en la vida del maestro = “ser buen cristiano”.

2.1.1.1. En la vida de los cristianos siempre hay un “antes” y un “ahora”, un pasado y un presente...

2.1.1.2. Lo que importa para servir a Dios no es el “antes” sino el “ahora”.

2.1.1.3. No debemos confiar en las personas sin más, pero sí debemos confiar en la gracia y en el poder de Dios en las personas.

2.1.2. El aval de la santidad en la vida del maestro = “parecer cristiano”.

2.1.2.1. Buen testimonio (Hch 6.3).

2.1.2.2. Llenos del Espíritu Santo (Hch 6.3).

2.1.2.3. Llenos de sabiduría (Hch 6.3).

2.1.2.4. Llenos de fe (Hch 6.5).

2.1.2.5. Llenos de gracia y de poder (Hch 6.8).

2.1. Capacitado para enseñar

El Señor Jesucristo nos advirtió de que en el campo de Dios, la Iglesia, el Diablo sembraría su semilla: *“mientras dormían los hombres vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo y se fue...”* (Mt 13.25). La cizaña es una referencia a los *“hijos del malo”* (Mt 13.38b), es decir a personas que sin nacer de nuevo y ser hijos de Dios llegan a formar parte del Cuerpo de Cristo (Mt 7.21).¹ Allí están durante poco o mucho tiempo consumiendo los nutrientes y la humedad de la tierra e impidiendo con ello que el trigo crezca y se desarrolle con todas sus posibilidades (Jud 12-13,16-19). Pero Satanás no sólo siembra sus hijos entre los creyentes de a pie de la iglesia, sino que también lo hace entre aquellos que sirven al Señor en algún ministerio. Jesús dijo que en su rebaño se introducirían falsos *“ministros”* o *“falsos siervos”* al decirnos: *“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces.”* (Mt 7.15-23).

San Pablo fue un apóstol que experimentó durante su vida cristiana esa terrible realidad de innumerables maneras. En sus epístolas nos habla de esos ministros de Satanás como *“falsos hermanos”* (Gá 2.4) (2 Co 11.26b), o *“falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo”* (2 Co 11.13), que se presentan con *“apariencia de piedad”* (2 Ti 3.5), pero que al mismo tiempo *“apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas”* (2 Ti 4.4), por lo que *“medran, falsificando la palabra”* (2 Co 2.17), y se dan a las *“profanas y vanas palabrerías”* que conducen más y más a la impiedad cual gangrena espiritual (2 Ti 2.16-17), y producen divisiones (Ro 16.17). Entre las falsas ovejas y falsos ministros a los que Pablo alude en sus cartas, menciona por nombre a varios de ellos como Figelo y Hermógenes, Himeneo y Fileto, Demas, y Alejandro el calderero... (2 Ti 1.15; 2.17; 4.10,14).

Ante tan desolador panorama algunos creyentes podrían perder su confianza en todas aquellas personas que sirven al Señor en una u otra manera. Pero que no decaiga nuestro ánimo, el apóstol Pablo también nos habla de la existencia de siervos del Señor en la Iglesia que son ya, o están en camino de serlo pronto, buenos ministros de Jesucristo (1 Ti 4.6),² o también *“obrerros aprobados ante Dios”* (2 Ti 2.15). Este es el caso de Timoteo, a quien también se le llama *“verdadero hijo en la fe”* (1 Ti 1.2 cf 4.6). El apóstol Pablo no sólo nos muestra con esto que las fuerzas del mal no pueden impedir la existencia de personas que realicen una labor fundamental para la implantación y desarrollo del Evangelio, sino que al mismo tiempo nos informa sobre cómo deben ser estas personas que sirven a la causa del Reino de los Cielos. ¿Cómo es el ministro que agrada a Dios? ¿Cómo es el educador cristiano infantil que agrada a Dios?

¹ Obviamente de la Iglesia visible, no de la invisible.

² *“Si esto enseñas a los hermanos serás buen ministro de Jesucristo, nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido”* (1 Ti 4.6).

2.1.1. El poder de la gracia en la vida del maestro = “ser buen cristiano”

Hemos visto que según la Biblia existen buenos ministros de Jesucristo (1 Ti 4.6). ¿De dónde proceden éstos? ¿Son personas buenas y excelentes desde su nacimiento? ¡En ninguna manera! Los buenos ministros son personas que han llegado a serlo por la gracia de Dios!

2.1.1.1. En la vida de los cristianos siempre hay un “antes” y un “ahora”, un pasado y un presente...

❖ Antes (pasado):

“Estabais muertos en delitos y pecados” (Ef 2.1).

“En los cuales (pecados) anduvisteis en otro tiempo” (Ef 2.2).

“Entre los cuales (hijos de desobediencia) vivimos en otro tiempo... y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Ef 2.3).

“En otro tiempo... erais incircuncisión” (Ef 2.11): “En aquel tiempo estabais... sin Cristo... alejados de la ciudadanía de Israel... ajenos a los pactos de la promesa... sin Dios en el mundo” (Ef 2.12)... Erais “extranjeros...” (Ef 2.19a)

❖ Ahora (presente):

“Aún estando nosotros muertos en pecados, no dio vida juntamente con Cristo” (Ef 2.5).

“No hizo sentar en los lugares en los lugares celestiales con Cristo” (Ef 2.6b).

“Pero ahora en Cristo... habéis sido hechos cercanos” (Ef 2.13)... “de ambos pueblos hizo uno” (Ef 2.14-16)... “no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios” (Ef 2.19).

“Vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Ef 2.22).

❖ Este cambio del pasado al presente ha sido posible por:

1) El amor y la gracia eterna de Dios Padre.

Por la herencia que nos dio según “*el propósito de su voluntad*” (Ef 1.11). Este propósito es descrito unos versículos antes: “*el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor*”

habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (Ef 1.3b-5).

“Por su gran amor con que nos amó” (Ef 2.4). “En amor...” (Ef 1.5a).

“Por gracia sois salvos” (Ef 2.5,8-10).

2) Por el sacrificio reconciliador de Jesucristo en la cruz.

“Por la sangre de Cristo” (Ef 2.13b).

“Mediante la cruz reconciliar con Dios” (Ef 2.16).

“Por medio de él” (Ef 2.18a).

❖ **Por el poder vivificador, transformador y capacitador del Espíritu Santo:**

“Y él os dio vida...” (Ef 2.1a) “nos dio vida...” (Ef 2.5).

“Los que creemos según la operación del poder de su fuerza” (Ef 1.19) cf (Ef 1.17-20). Por esa fe que produjo en nosotros el Espíritu: “tenemos entrada... al Padre” (Ef 2.18b).

“Nos hizo sentar...” (Ef 2.6).

2.1.1.2. Lo que importa para servir a Dios no es el “antes” sino el “ahora”.

❖ ***“Cuando llegó a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos; pero le tenían miedo” (Hch 9.26).***

El hijo pródigo vivió perdidamente durante mucho tiempo pero a su padre lo único que le importaba era lo que había llegado a ser en el “ahora” de la vida: *“tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado”* (Lc 15.32). Son las personas que no han entendido la salvación quienes ponen la mira en el pasado, en el “antes” de que un redimido haya vuelto a la casa del padre y lo utilizan para impedir que hay fiesta y gozo: *“ha consumido tus bienes con ramerías”* (Lc 15.30). Igual hicieron los fariseos cuando Jesús llamó a Mateo a la salvación. No podían entender que él comiese *“con publicanos y pecadores”* porque no podían entender que él había venido a sanar y salvar a *“enfermos”* y *“pecadores”* no a *“sanos”* ni *“justos”* (Mt 9.11-13).

El apóstol Pablo antes de servir al Señor era un hombre religioso y enemigo de Dios (Hch 8.1-3). Antes de ser llamado por Dios a la salvación y al ministerio se llamaba Saulo. Y bajo ese nombre había una persona que experimentó un cambio radical de vida cuando se encontró con Jesucristo. Según el relato del libro de los Hechos, antes de ese encuentro renovador Saulo asolaba a la iglesia arrastrando a hombres y mujeres a la cárcel, y en algunos casos, como el de Esteban, a la muerte (Hch 7.59 a 8.1; 22.19-20). Desde su condición de fariseo (Fil 3.4-6) (Hch 26.4-5) había creído su deber perseguir a los

discípulos de Jesús (Hch 26.9-11), pero no contaba con que el Jesús a quien perseguía se le apareciera en el camino y cambiara el rumbo de su vida (Hch 26.12-15), y de perseguidor pasara a ser el máximo valedor del Evangelio (Hch 26.16-23).

El cambio en la vida de Pablo fue tan grande que las gentes estaban tan sorprendidas y confundidas que no sabían como actuar. Los discípulos de Damasco decían *¿No es este el que asolaba en Jerusalén, a los que invocaban este nombre...?* (Hch 9.21) cf (Gá 1.23), y los discípulos de Jerusalén le evitaban porque tenían miedo de que no siendo creyente fuera a perseguirles (Hch 9.26). Pero él predicaba a Cristo (Hch 9.20), y lo hacía de forma tan convincente que los judíos se dieron cuenta de la realidad del cambio producido y resolvieron matarle. Y a punto estuvieron de conseguirlo si los discípulos no le ayudan a huir de Damasco descolgándole en una canasta por un muro (Hch 9.23-25). Más tarde Pablo escribiría que cuando alguien está en Cristo experimenta un cambio radical, tanto que se puede hablar de él como una nueva criatura (2 Co 5.17). Sabía de lo que hablaba, él mismo lo había experimentado (Gá 2.20) (Fil 3.8-10). Es por eso que Pablo decía de otros: *“Lo que hayan sido en otro tiempo nada me importa”* (Gá 2.6).

Antes de ser un discípulo de Jesús y apóstol, Leví era un traidor desalmado y un compañero de pecadores (Lc 5.27,29-30). Algo semejante a lo de Pablo le sucedió a él. Antes de conocer a Jesús era un recaudador de impuestos al servicio de Roma. Como tal era un traidor a los suyos, un hombre sin escrúpulos que por dinero se había ofrecido al servicio del invasor para explotar a los de su propia nación. Sin posibilidad de relacionarse con gentes de vida normal, debido al rechazo a que era sometido, no tenía otra posibilidad que buscar la compañía de otros publicanos como él y de los “pecadores” (Lc 5.29). Estos últimos eran las prostitutas, los ladrones y gente de mal vivir. Sin embargo un día oyó hablar a Jesús sobre el arrepentimiento y la fe en él, sobre el perdón y la vida eterna, sobre la nueva vida que tienen aquellos que le siguen y guardan su palabra. Qué maravilloso sería si todo aquello pudiera ser para él. ¿Era demasiado tarde para él? ¿Había descendido demasiado al pozo del pecado y de la maldad? ¿La deuda que tenía para con Dios era muy grande para ser perdonada? ¡Cuántas cosas pasarían por la mente de Leví sentado al banco de los tributos públicos! Sin embargo, un día pasó por allí y le dijo: *“Sígueme”* (Lc 5.27). Con estas palabras, aquel que conoce los corazones, le estaba diciendo: A ti también he venido a buscar y a salvar. No importa cuan grande sea tu deuda, mayor es el perdón de Dios. *“No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”* (Lc 5.32). La respuesta de Leví fue inmediata: *“Y dejándolo todo, se levantó y le siguió”*. (Lc 5.28). El cambio fue instantáneo: de servidor de Roma pasó a ser un servidor de Dios, de cobrador de impuestos pasó a ser un dador del mensaje de gracia y de salvación, de instrumento para producir odio y rencor pasó a ser un instrumento de la paz y de la reconciliación.

En definitiva, tanto en el caso de Saulo como en el de Leví o Mateo, y como el mismo apóstol Pablo diría a los Gálatas, la vida pasada o el “antes” de las personas no importa a la hora de valorar a los cristianos de cara al ministerio (Gá 2.6), lo importante es y será siempre el “ahora” o lo que se es en el presente por la obra y gracia de Cristo (Gá 2.7-10).³

³ Cuando hablo de confiar en el “ahora” de las personas, en lo que en el presente sean, no quiero que se me interprete como ingenuo. Pues por “ahora” no me refiero meramente a palabras, sino a hechos, a hechos

Nadie debe ser rechazado para ocupar un ministerio cristiano por lo que haya sido en su vida pasada o por la actitud que haya tenido en el pasado hacia el Evangelio. De hacerlo negaríamos los principios más importantes del Evangelio:

- 1) El principio del arrepentimiento y el del perdón que borra los pecados (Is 1.18).
- 2) El principio del nuevo nacimiento que llama a las personas a un cambio radical de vida (2 Co 5.17).
- 3) El principio de la restauración de la imagen de Dios perdida en Adán adquiriendo la de Jesucristo mediante la santidad (Gá 2.20).

❖ ***“No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa”*** (Mr 6.4).

Pero otro caso que suele ser objeto de menosprecio es el de aquellos que tienen que servir o ministrar a personas con las que se han criado y de las que son muy cercanos. Jesús tuvo muchos problemas para hacerse entender entre los más cercanos a él, entre su familia, entre los vecinos con los que vivió muchos años. Él experimentó en propia carne el menosprecio de sus hermanos: *“Porque ni aún ni aun sus hermanos creían en él”* (Jn 7.5); y la incredulidad de sus más cercanos: *“Y no pudo hacer allí ningún milagro... y estaba asombrado de la incredulidad de ellos...”* (Mr 6.5-6).

Este fue el caso también de Timoteo, aquel joven y fiel creyente que estaba en los caminos de Dios desde niño (2 Ti 1.5 cf 3.15). Fue educado en las enseñanzas del Evangelio desde su más tierna infancia. Su abuela Loida y su madre Eunice, dos mujeres de fe genuina (2 Ti 1.5), le criaron en amonestación y disciplina del Señor, tal y como dice la Escritura (Ef 6.4). Con semejante proceder, basado en las promesas del Señor (Hch 2.39; 16.31), no es de extrañar que Timoteo profesase la fe en Jesús desde niño (2 Ti 3.14-15) y que su vida cristiana fuera tan digna que todos los creyentes de su entorno daban *“buen testimonio de él”* (Hch 16.2).

Aunque no sabemos la edad que tenía cuando comenzó a servir al Señor junto a Pablo, es evidente que su corta edad fue justamente lo motivó las palabras de Pablo: *“ninguno tenga en poco tu juventud”* (1 Ti 4.12), en las que apela a que nadie debe ser menospreciado en su capacidad de ejercer el ministerio atendiendo a criterios tales como la edad o la proximidad (ser de casa o de la familia). Esto no es algo raro, desgraciadamente, muchas personas desconfían no sólo de aquellos que provienen de pasados oscuros, sino que también escamotean su apoyo y confianza a aquellos que se han criado junto a ellos, a pesar de que den pruebas inequívocas de fe y amor a Dios y su obra. En el fondo estas personas no creen ni en la soberanía de Dios para llamar a quien él quiera para servirle, ni en el poder transformador del Espíritu Santo para cambiar las vidas de las personas y para capacitarlas para la obra.

acompañados del poder del Espíritu Santo. O, dicho en palabras de Jesús, a *“frutos”* que ponen en evidencia la naturaleza del árbol (Mt 7.16-20).

2.1.1.3. No debemos confiar en las personas sin más, pero sí debemos confiar en la gracia y en el poder de Dios en las personas.

❖ **Ahora bien, el cambio del que hablamos ha de ser real y notorio a todos.**

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas en Cristo” (2 Co 5.17).

Como hemos visto antes, Pablo perseguía a Cristo y a los suyos antes de ser llamado a la salvación (Hch 9.20-21), y Leví vivía de espaldas a Dios y a su voluntad en compromiso con el mal y los pecadores (Lc 5.27ss). Todos hemos perseguido al Señor y a los suyos antes de ser hechos hijos de Dios. Todos hemos vivido de espaldas a Dios y su voluntad en contacto con el mal y los malos. No importa que nuestra enemistad haya sido de forma diferente a la de Pablo. No importa que nuestra vida y obras hayan sido distintas a las de Leví. Hay muchas otras maneras de mostrar la enemistad y de hacer daño, hay muchas otras maneras de vivir sin Dios y fuera de su voluntad. La epístola a los Romanos nos habla de la universalidad del pecado *“por cuanto todos pecaron”* (Ro 3.23)⁴, nos dice que todas las personas somos enemigas de Dios por naturaleza (Ro 5.10) pues *“los designios de la carne son enemistad contra Dios”* (Ro 8.7). Por tanto, puesto que todos nosotros al igual que Pablo y Leví éramos enemigos de Dios y contrarios a su justicia santa, también todos nosotros tenemos que experimentar un cambio radical en nuestras vidas, un giro de 180 grados, que implique un notorio cambio de rumbo, si queremos que Dios nos tome a su servicio (Gá 1.13,23).

❖ **Este cambio ha de suponer una entrega sin límites y una jerarquización de los valores en los que Dios ocupe el primer lugar (Mt 6.33) (Lc 9.57-62).**

Ese cambio no puede ser a medias. Desgraciadamente muchos cristianos tienen su forma personal de entender el compromiso con Dios. La vida cristiana no es un traje a medida que cada uno se hace en el sastre de “su propia forma de entender las cosas”. La vida cristiana supone un despojarse del viejo hombre, de nuestra vida vieja, y un vestirse del nuevo, a la medida y estatura moral de Cristo (Ef 4.22-24 cf 4.13). Este vestido es un traje “talla única”, “unisex” y “modelo exclusivo”, es decir es para todos los redimidos sin distinción. Quienes han de llevarlo tienen que bajar peso o subirlo, tienen que coger altura o perderla. Quienes han de llevarlo han de experimentar un cambio en su “anatomía” que les permita ponerse el nuevo traje: *“no vivo yo”* (Gá 2.20). En ninguna manera se puede modificar el traje de Dios o hacerle arreglos para que nos quede bien. Tampoco podemos tomar una pequeña porción del nuevo traje y colocarla sobre nuestro traje viejo (Mt 9.16a). Muchos hacen estas cosas viviendo un cristianismo a su manera o entendiendo las cosas de Dios según sus prejuicios o intereses personales. Pero esto no trae sino estrepitoso fracaso (Mt 9.16b).

Si todo cristiano ha de experimentar un cambio en su vida que suponga una entrega total, sin límites, despojándose del viejo hombre y vistiéndose del nuevo, cuanto más tiene que darse esta situación en aquellos que han de servir al Señor. Sólo desde la entrega sin límites se puede tener a Dios y a sus cosas como prioridad en los momentos en los que la

⁴ Ver el contexto en Romanos 3.10-18.

vida nos coloca en la disyuntiva de tener que elegir entre Dios y el trabajo (Mt 6-25-34) , o entre Dios y la familia (Mt 10.37), o entre Dios y la gloria humana (Jn 12.42-43), etc. Nadie puede servir a Dios si él no es el único “señor” en su vida (Mt 6.24), y esto sólo se produce cuando la entrega a él es sin límites ni condiciones, es una entrega total “y dejándolo todo, se levantó y le siguió” (Lc 5.28).

❖ **Este cambio tiene que comportar una fe genuina.**

No todo el que llama a Jesús señor entrará en el reino de los cielos (Mt 7.21a). No importa que algunos de los que dicen creer en Jesús se presente como profetas o hagan obras aparentemente prodigiosas (Mt 24.24), pues aunque la fe verdadera se manifiesta en obras (Stg 2.17), también la falsa intenta acreditarse mediante obras (Mt 7.22). La clave está en distinguir el tipo de obras que produce la fe genuina del tipo de obras que produce la fe falsa.

La fe falsa produce obras que, aunque pueden aparentar gran piedad (2 Ti 3.5) y despliegue de esfuerzos y recursos (Col 2.20-23), redundan en la gloria y beneficio del que las hace (Mt 6.1-5) (Jud 16). Son obras que no suponen un sometimiento a la voluntad de Dios ni la búsqueda prioritaria de su gloria (Jud 18), sino que son un medio para alcanzar el prestigio personal (Hch 8.13-19), o una posición elevada ante la sociedad civil o eclesial (Hch 5.1-11), o, sencillamente, se hacen para competir o rivalizar con otros acerca de quien convierte más almas o sobre qué iglesia crece más (Fil 1.15-16), etc. La fe falsa es efímera y se desvanece con el tiempo (Mt 13.20-22), y la obra que de ella se desprende es vana e inútil para los auténticos fines del Evangelio (Lc 9.62).

La fe genuina es una fe sincera y veraz (2 Ti 1.5a), es una fe que se ve (Mr 2.5), y que se manifiesta buscando hacer la voluntad de Dios (Mt 7.21b). Es una fe abundante en la Palabra de Dios y en su poder (Ro 4.3) (Mt 8.8-10), que tiene siempre a Dios por veraz frente a la palabra del hombre que es mentirosa (Ro 3.4). Es una fe que persevera en la voluntad del Señor y la obedece por encima de la voluntad y conveniencias humanas (Hch 1.8 cf 4.19-20; 5.29).

2.1.2. El aval de la santidad en la vida del maestro = “parecer cristiano”

En el texto de Hechos 6.3-8 encontramos el carácter que tienen que tener aquellos que Dios llama para servirle en cualquier cosa en la Iglesia. Si los que tenían que “servir mesas” debían ser así, ¿cómo tendrán que ser aquellos que tienen que enseñar la Palabra de Dios a otras personas? Por tanto todo cristiano que ocupe una responsabilidad en el Cuerpo de Cristo está descrito en este texto. Y quien no tenga esas características no debe servir a Dios. Veámoslas una por una en detalle:

2.1.2.1. Buen testimonio (Hch 6.3)

❖ **Tener buen testimonio es tener una conducta irreprochable** (1 Ti 3.2-6).

El siervo de Dios debe ser irreprochable o sin reproche. Esto no quiere decir que sea perfecto o sin pecado, pues la vieja naturaleza de pecado sigue morando en el creyente y le lleva a pecar en ciertas situaciones, sobre todo si no se tiene cuidado. El texto quiere decir que el pecado no puede estar instalado en la vida del creyente como práctica habitual de modo que pueda caracterizar su vida y hacerle digno de reproche por parte de los demás. En este sentido es necesario aclarar y distinguir los aspectos siguientes:

1) El creyente peca (1 Jn 1.8 a 2.1) pero no es pecador, es decir, alguien que practica el pecado como norma de vida (1 Jn 3.9). Según las Escrituras los pecadores son los incrédulos que andan en la senda del mal haciendo como norma la voluntad de la carne y de los pensamientos (Sal 1) (Ef 2.1-3).

2) El pecador o practicante del pecado no es creyente y por tanto no es hijo de Dios sino del malo (1 Jn 3.6-8). Quien miente de forma ocasional no es mentiroso, pero quien miente de forma constante, como práctica de vida, sí lo es. Y así podríamos hablar de todos los pecados. Quien practica cualquier forma de pecado y nunca se arrepiente ni cree en Jesús no entrará en el reino de los cielos (1 Co 6.9-10).

Un siervo de Dios no puede tener un rasgo en su carácter o una forma de conducta que suponga el arraigo de una forma de pecado. Por ejemplo: No puede ser celoso, o codicioso, o violento, o deshonesto, o cualquier otra cosa. Ningún pecado o vicio debe caracterizarle. De ser así sería digno de reprensión y quedaría descalificado para hablar de aquel pecado o de su virtud antitética a los demás. ¿Cómo puede hablar de perdón alguien que es rencoroso? ¿Cómo puede hablar de generosidad alguien que es avaro? ¿Cómo puede dirigir y ordenar la vida de los demás alguien que es desordenado y anárquico? Por tanto, y sin que esto suponga pensar en perfección alguna, un siervo de Dios no debe en ninguna manera tener ninguna forma de vicio o pecado tan evidente por el que pueda ser señalado o por el que sea tropiezo a su labor docente y pastoral.

❖ **También nos habla de la buena imagen que debe proyectar hacia “los de afuera”⁵ o aquellos que no son creyentes** (1 Ti 3.7).

Es muy difícil que aquellos que están bajo el reino de las tinieblas y esclavitud de sus pecados tengan una buena opinión en sentido amplio y absoluto de los hijos de la luz y de la libertad de la verdad. Alguien que está bajo el ámbito del mal nunca podrá apreciar a los creyentes en su justa medida. El mundo es hostil al Señor, al Evangelio y a cuantos sigan al Señor y al Evangelio.

Con todo, el apóstol Pedro distingue dos razones por las cuales un cristiano puede tener problemas con las gentes del mundo:

⁵ Pablo usa con frecuencia esta expresión para referirse a los que no son creyentes (Col 4.5) (1 Tes 4.12), y Jesús la emplea para referirse a los réprobos que están ajenos a los propósitos salvíficos de Dios (Mr 4.11-12).

- 1) Por el hecho mismo de ser cristiano, y,
- 2) Por ser ladrones u homicidas (1 P 4.12-16).

En el primer caso, si el cristiano es vituperado o sufre cualquier tipo de padecimiento no debe extrañarse de que eso ocurra ni debe sentirse responsable en ninguna manera de una situación no buscada ni deseada por él. Debe glorificar a Dios por ello. Este tipo de situaciones son permitidas por Dios como pruebas para nuestra fe y redundan en su gloria (1 P 1.4-7). En el segundo caso, si el cristiano tiene un comportamiento indigno, siendo un borracho, o un pendenciero, o un maltratador, o cualquier otra cosa propia de los incrédulos, al tiempo que se llama y presenta ante la sociedad como cristiano, y como consecuencia de ello tiene problemas con las gentes que no conocen a Dios, no debe decir que lo que le sucede es por causa del Evangelio sino que es consecuencia de su conducta pecaminosa.

En definitiva, tener testimonio de los de afuera no es que los incrédulos hablen siempre bien o tengan siempre buena opinión de nosotros. Si esto ocurriera demostraría que somos como ellos, que estamos en sintonía con sus formas de ver y hacer las cosas (Lc 6.26) (2 Co 6.14 a 7.1). Tener buen testimonio de los de afuera es que nunca tengan nada que decir de nosotros con razón, porque les hayamos dado motivos para ello, es que nuestras buenas obras les alumbren para que vean que Dios está con nosotros (Mt 5.13-16) (Jn 13.35).

2.1.2.2. Llenos del Espíritu Santo (Hch 6.3).

❖ Todo en la vida debe estar bajo el control del Espíritu Santo.

Para entender lo que significa “ser llenos del Espíritu” hay que recordar que el Espíritu Santo es una persona, no una cosa o fuerza impersonal (Jn 16.7-15).⁶ Por tanto cuando esa persona divina mora en el creyente lo hace en su plenitud personal, es decir todo él mora en nosotros (1 Co 6.19). Eso quiere decir que ser llenos del Espíritu no es tener “más Espíritu” o “más del Espíritu” hasta tenerlo completamente, como si alguien pudiera tener “algo del Espíritu” y necesitase “el resto”. Todo esto es absurdo y olvida que el Espíritu Santo es una persona como ya hemos apuntado.

Ser llenos del Espíritu es estar bajo el control de él en todos los ámbitos de nuestra vida. Es que mi mente, mi oído, mi habla, mi voluntad esté bajo su control. Es que mi matrimonio, mi trabajo, mi relación con mis hijos o con la familia esté bajo el control del Espíritu. Un cristiano lleno del Espíritu es un cristiano en cuya vida no hay un ámbito cerrado a la influencia y obra del Espíritu. Hay creyentes que en la iglesia son ejemplares, pero no en sus casas o en sus trabajos. Mientras en la iglesia se muestran santos, amables y serviciales, en sus casas pueden ser déspotas o irascibles o cualquier otra cosa. El

⁶ Nótese como en el texto se habla del Espíritu Santo empleando el pronombre personal: “cuando él venga” v.8; “él os guiará a toda la verdad” v.13; “él me glorificará” v.14; etc. También se le atribuyen cualidades personales como convencer v.8, guiar, hablar y oír v.13; hacer saber v.14-15.

Espíritu no llena (guía y dirige) todos los espacios o ámbitos de su vida. Esta situación que conduce a la inconsecuencia y a la vana religiosidad en la vida de cualquier creyente es especialmente dañina en el caso de alguien que quiera ser ministro del Evangelio. ¿Cómo podrá ser un buen siervo de Dios en la iglesia aquel que es un mal esposo o un mal padre? ¿Cómo podrá ser un instrumento de la luz y la verdad aquel que habla palabras selectas en la iglesia pero que fuera de ella emplea palabras corrompidas? ¿Cómo podrá alguien ser un embajador de Dios para la reconciliación quien fomenta la discordia y la enemistad con sus vecinos?

❖ **El ministro del Evangelio ha de ser un “siervo de la justicia” o alguien que es “verdaderamente libre”.**

Antes de ser cristianos éramos esclavos del pecado (Jn 8.34). Hacíamos la voluntad de la carne y seguíamos la corriente de este mundo igual que los demás (Ef 2.1-3). Nuestra libertad consistía en el tamaño del largo de la cadena que nos unía al mal que mora en nosotros. Cual espejismo creíamos ser libres porque podíamos hacer ciertas cosas en el ámbito de lo temporal.⁷ Pero en lo realmente trascendente, en cuanto a Dios y la salvación se refiere, no podíamos ni queríamos saber nada (Jn 6.44) (Ro 3.11b). Pero Dios nos redimió en Cristo dándonos verdadera libertad (Jn 8.36). El precio de esa liberación fue la sangre de su hijo derramada en la cruz (1 P 1.18-20).

Ahora, liberados del pecado, hemos sido hechos siervos de la justicia (Ro 6.18). En Cristo hemos alcanzado la verdadera libertad, la libertad cristiana (Jn 8.36 cf Gá 5.1), que no debe ser entendida como que ahora podemos hacer todo lo que queramos, lo que bien nos plazca (Gá 5.13a). Hacer lo que uno quiere no es libertad sino libertinaje. La verdadera libertad consiste en ser siervos de la justicia de Dios (Ro 6.18), es decir que un cristiano siente el deber de hacer no lo que quiere hacer sino lo que es su deber hacer. En la vida vieja, en la de esclavitud del pecado, sí hacíamos lo que queríamos en la carne. Esto no hacía sentirnos libres. Pero en realidad este sentimiento de libertad era una esclavitud de nuestras tendencias pecaminosas o concupiscencias que no podían ni querían sujetarse a la justicia en sentido absoluto, como nos la presenta Dios, sino a la justicia subjetiva humana propia o de otros (Ro 8.7).

Quien actúa en sujeción a la justicia de Dios y no a los dictámenes de su propio ego es verdaderamente libre. Quien desea vengarse devolviendo mal por mal, porque así se lo pide lo más profundo de sí, y domina ese instinto actuando con sabiduría y amor, y esperando en la justicia de Dios, muestra que es verdaderamente libre. No somos libres

⁷ Hay personas que como los fariseos creen ser absolutamente libres (Jn 8.33) porque pueden elegir trabajo, pareja, lugar de residencia, tipo de comida, etc. Pero este tipo de elecciones no significan que seamos libres. Al ser humano le sucede como a un perro atado a una caseta. El perro puede ladrar o mantener la boca cerrada, puede levantar la pata y orinar, puede comer o beber, puede echarse y dormir, puede entrar y salir de la caseta, etc., pero el metro y medio de cadena que le ata no le permite ir más allá del reducido espacio donde se encuentra. No puede ir al parque o por las calles, no puede correr ni ir con otros perros, la cadena se lo impide. El ser humano por su pecado puede hacer ciertas cosas en el ámbito de lo temporal, pero no puede “añadir a su estatura un codo” (Mt 6.27), no puede asegurar que mañana irá a tal o cual ciudad y traficaré y ganará por lo que debe decir “si Dios quiere” (Stg 4.13-15). Nadie puede sanar por sí mismo de una enfermedad terminal o volver a la vida si ya ha muerto. Hay cosas imposibles para el hombre debido a la limitación que supone la cadena que le ata a su finitud y al pecado y sus consecuencias: la muerte.

cuando sacamos lo peor de nosotros sino cuando la santidad de Dios sustituye al pecado por la virtud, la maldad por la bondad, la injusticia por la justicia.

2.1.2.3. Llenos de sabiduría (Hch 6.3).

❖ No de la sabiduría terrena y mundana.

De la sabiduría de la que tenemos que estar llenos no es de la mundana que aparta a las personas de Dios (1 Co 1.18). No es de extrañar que las Escrituras digan que Dios está airado con los sabios y entendidos de este mundo (1 Co 1.19-21). Ahora bien en este punto es necesario hacer una aclaración sobre el tipo de sabiduría que Dios aborrece y que nosotros debemos aborrecer también.

No hay que confundir la sabiduría terrena o mundana que Dios aborrece con la sabiduría o conocimiento que los humanos han adquirido a través de la experiencia y de la investigación sobre el cosmos, el planeta Tierra, la vida, la enfermedad, etc., y que se expresa en disciplinas como las Matemáticas, la Historia, la Geografía, la Medicina, la Biología, etc.

La sabiduría terrena o mundana es el estudio de cualquier cosa, incluso las disciplinas anteriores o la misma religión, desde una óptica en la que se prescinde de Dios y de su revelación a los hombres: La Revelación Natural (la creación) y la Especial (la Biblia) (1 Co 2.6; 3.19-20) (Stg 3.15,17). Dios destruirá y desechará a los sabios terrenos (1 Co 1.19) y les enloquecerá en sus desvaríos (1 Co 1.20).

En la sabiduría terrena el hombre no sólo no ha conocido a Dios sino que lo rechaza (1 Co 1.20-23). El sabio u hombre de ciencia, el escriba o maestro de religión y el disputador de este siglo o filósofo (1 Co 1.20), todos han tropezado por igual en la cruz de Cristo o salvación de Dios, no encajando ésta con su visión humana o prejuiciada de las cosas (1 Co 1.23). La doctrina del Cristo crucificado habla del pecado del hombre (Ro 3.10-18), del juicio que merece ese pecado (Ro 6.23) y de cómo Dios en Cristo ha provisto un sustituto que pague la deuda del hombre ante su justicia (1 P 3.18). Esta salvación sólo será para aquellos que arrepentidos crean en Cristo como salvador (Hch 3.19), cosa que parece “locura” a los sabios de este mundo (1 Co 1.20-23), y esto a pesar de que “lo insensato de Dios” es más sabio que los hombres (1 Co 1.25).

En su sabiduría, Dios decidió manifestar su poder y salvación a lo vil del mundo (1 Co 1.18,24). Nosotros hemos sido salvos porque Dios nos llamó por su poder (1 Co 1.24a). El poder de Dios es la causa de que estemos en Cristo (1 Co 1.30a) (Ef 1.16-20). El poder de Dios ha hecho en Cristo todo por nosotros (1 Co 1.30b). Dios nos ha hecho nacer de nuevo, nos ha llevado a creer y al arrepentimiento (Fil 2.13). El poder de Dios anula toda jactancia humana (1 Co 1.29,31).

Nosotros hemos sido salvos porque Dios nos salvó según su sabiduría (1 Co 1.24b). Es por ella que Dios diseñó el mejor plan de salvación que se podía realizar (1 Co 2.6-7). Un plan en el que soberanamente (Ro 9.11-26), y a pesar de la incapacidad humana y la actitud

rebelde y recalcitrante del pecador (Hch 22.4-5 cf 22.14-15), Dios aseguró que una multitud ingentes de personas (Ef 1.4-5 cf Ap 7.9) fuesen redimidas para anunciar sus virtudes al mundo (1 P 2.9) y para morar eternamente con él (Ap 7.10-12). Los valores por los que aplicó sus criterios salvíficos no son los de las sociedades humanas, que valoran a las personas según su condición social (nobles), o cultural (sabios) o el poder o fuerza acumulado (fuertes) (1 Co 1.26-28). Pero Dios nos llama en deméritos, no por lo que somos, sino a pesar de que no somos nada; para que Él, y nada más que Él, sea nuestro mérito y gloria (1 Co 1.30-31).

❖ **Sino de la sabiduría de lo alto; es decir de aquella sabiduría que viene de Dios.**

Para llegar a ser sabios con la sabiduría de Dios es necesario *“que nadie se engañe a sí mismo”* (1 Co 3.18a). Los seres humanos tendemos a la mentira y al error por el pecado que mora en nosotros. La mentira tiene que ver con la propia naturaleza del pecado (Ro 3.13). Pero también con aquel que inspira las acciones malvadas del hombre: el Diablo (Jn 8.44). El engaño al prójimo es costumbre frecuente del ser humano por motivos diferentes. Mentimos para ocultar nuestras transgresiones (Caín), porque no queremos reconocer nuestros errores (Sara), para obtener algún beneficio (los gabaonitas), porque es el camino fácil para resolver conflictos (la mujer de Potifar), porque interpretamos erróneamente la realidad (los fariseos). No siempre engañamos al prójimo con nuestras mentiras (los hermanos de José). Pero casi nadie repara en que a quien primero engaña su propio pecado es a sí mismo. El pecado no sólo engendra mentira sino incapacidad de discernimiento. Si negamos nuestros pecados podemos llegar a creernos inocentes y ver como culpables a los demás (así ocurrió en la caída) (Gn 3).

Una de las formas en que nos engañamos a nosotros mismos tiene que ver con lo que creemos ser -*“si alguno de vosotros se cree”* (1 Co 3.18b)- sin serlo realmente. Las personas caemos en el extremo de tener *“un alto concepto de nosotros mismos”* (Ro 12.3) -que puede llegar a ser incluso un complejo de superioridad- o, por el contrario, en el de tener tan bajo concepto de nosotros que llegue a ser complejo de inferioridad (Jer 1.6). Si creemos ser algo que no somos, equivocamos toda la orientación de nuestra vida y condicionamos la relación con los demás. Somos según pensamos. El mal que está en nuestros pensamientos se manifiesta en la vida a través de la conducta (Pr 16.25). Creemos que actuamos con los demás según nos vemos, pero realmente actuamos según somos. En relación con las cosas de Dios, es fundamental que tengamos un concepto correcto de nosotros mismos (Ro 12.3). Si nos aferramos a lo que somos por naturaleza (nuestro carácter) jamás llegaremos a tener ninguna relación adecuada con Dios ni su carácter llegará a forjarse en nosotros. El aferrarse al carácter o capacidades propias es el principal impedimento para conocer bien a Dios.

No importa lo que seamos o creamos ser, la Biblia dice que todos los hombres nos encontramos por naturaleza en pecado y en condenación (Ro 3.23). Una relación adecuada con Dios comienza con el arrepentimiento y continúa en una actitud de permanente humildad (Ro 2.4-5) (1 P 5.5-6). Debemos hacernos ignorantes ante Dios *“... hágase ignorante, para que llegue a ser sabio”* (1 Co 3.18c). Nada de lo que somos debe importarnos ante él, nada de lo que sabemos debe contar para nosotros ante él, sólo así llegaremos a ser verdaderamente sabios. Es sabio quien desconfía permanentemente de

sí mismo. Es sabio quien confía plenamente en Dios hasta alcanzar su sabiduría que viene por la obra iluminadora del Espíritu Santo (1 Co 2.6-16), que aplica con su poder la palabra de Dios a nuestras vidas (Sal 119.97-104) (2 Ti 3.15-17) y nos lleva a temer a Dios (Pr 1.7 cf Ez 36.25-27).

2.1.2.4. Llenos de fe (Hch 6.5).

❖ Abundando en todo tipo de fe.

Hay tres tipos de fe en cuanto al objeto mismo de la fe se refiere:

- 1) La fe salvífica, o fe “en” Cristo (Jn 3.36), que es un don que Dios da a los pecadores (Ef 2.8) por la Palabra (Ro 10.17) aplicada en el poder del Espíritu Santo (Ef 1.19) para que vean a Jesucristo como el salvador (Jn 4.42); como el único salvador dado por Dios a todos los hombres sin distinción (Jn 1.29; 14.6) (Hch 4.12). Esta fe en Cristo siempre va acompañada del arrepentimiento (Hch 20.21) o reconocimiento del pecado propio y confesión del mismo a Dios, pues no puede haber fe sin arrepentimiento ni arrepentimiento sin fe (Hch 3.19).
- 2) La santificante, o fe en la palabra de Dios (creer “a” Dios) (Ro 4.3) que lleva al creyente a ser consecuente con lo que Dios ha dicho y ha quedado escrito en su Palabra (Lc 6.46) (He 11.8-19), de modo que pueda vivir durante toda su vida confiando en ella actuando bajo sus principios y esperando en sus promesas, tanto para esta vida como para la venidera (Jn 14.21-24).
- 3) La fe abundante, o fe en el poder de Dios que cree que él es poderoso para hacer cosas maravillosas que exceden a la comprensión humana. Esta es una fe que glorifica a Dios pues a los creyentes a hacer grandes cosas en el nombre de Dios (Jn 14.13-14) o a esperar que él las haga en el momento que estime oportuno (Ro 4.18-21) (Lc 7.1-10).

Los siervos de Dios han de abundar en todos estos tipos de fe. Obviamente, en primer lugar han de creer “en” Cristo con la fe salvífica (fe unida al arrepentimiento). Esto será fundamental en un ministerio en el que hay que hablar de la misericordia y compasión de Dios a las gentes. Sólo quienes hayan experimentado la misericordia y compasión de Dios podrán hablar de ellas de forma convincente.

Los siervos de Dios también han de creer “a” Dios (fe en la Palabra). Todo en la vida cristiana se basa en la confianza en aquellas cosas que Dios ha dicho. Dios nos da instrucciones sobre lo que está bien y lo que está mal. Dios nos dice cómo llegamos a él y qué hay en la otra vida. Dios nos dice cuál ha de ser nuestro proceder en situaciones concretas. Sin fe en Dios y en su Palabra es imposible agradecerle, sin fe en Dios y en su Palabra jamás recibiremos nada de él, sin fe en Dios y en su Palabra nunca alcanzaremos sus promesas.

De igual manera que los tipos de fe anteriores la fe abundante también tiene que estar presente en la vida de un siervo de Dios. La fe abundante lleva al siervo a perseverar ante

la adversidad, entendiendo que esta es un medio de gracia y un medio para probar la vocación y la fe, o, sencillamente para la gloria de Dios. La fe abundante lleva al siervo a entender que la obra es de Dios y que él es quien da el crecimiento (1 Co 2.6). Esto evita tentaciones de tomar atajos o confiar en los medios y nos libra del materialismo espiritual.

❖ Entendiendo y sometiéndose a la voluntad de Dios.

Como acabamos de ver, todo en la vida del cristiano es por fe. Pero una de las manifestaciones de la fe que es importante destacar es aquella que tiene que ver con la voluntad de Dios. Esto debe ser tenido en cuenta de forma particular por quienes sirven a Dios como ministros de su Palabra. Veamos algunas de las cosas que la Biblia nos dice sobre la fe que entiende y se somete a la voluntad de Dios:

La Biblia afirma que Dios ha hablado y habla a las personas de diferentes formas. Estas son tres básicamente:

- 1) La Revelación Natural a través de la creación (Ro 1.20);
- 2) La Revelación Especial, a través de diferentes medios: tipos proféticos, teofanías, ángeles, el ángel de Jehová, sueños, visiones, el Hijo, etc., por la que Dios se revela a sí mismo y nos comunica sus propósitos salvíficos y su voluntad general para todos los hombres (He 1.1-2); y,
- 3) La providencia, por la que Dios nos habla comunicando su voluntad particular mediante las cosas que suceden (Lam 3.37-38).

Es fundamental para un siervo de Dios que conozca y sepa distinguir la voluntad general de Dios (lo que Dios quiere para todas las personas sin distinción) y la voluntad particular (lo que Dios quiere para una persona y no para otra).⁸ La primera se conoce a través de las Escrituras (Revelación Especial). En la Biblia Dios nos muestra su voluntad para todos, siendo un ejemplo de ello los diez mandamientos (Ex 20). Es la voluntad de Dios que todas las personas sin distinción guarden y obedezcan unos mandamientos que regulan la relación con él y la relación de las personas unas con otras. Cualquiera que los infrinja habrá cometido pecado (1 Jn 3.4). Quien conoce la Palabra de Dios y la guarda está dentro de la voluntad general de Dios (Jn 14.21-23).

Pero también es necesario que un ministro del Evangelio conozca la voluntad particular de Dios para él o para otros que le pidan consejo. ¿Es posible entenderla? No es fácil, pero puede hacerse si comprendemos el mecanismo a través de cuál Dios habla por su providencia. Este consiste en saber que todo lo que sucede, aún lo negativo, ocurre porque Dios así lo ha querido (Lam 3.37-38) (Dan 4.35) (Mt 10.29-30). De esta manera podemos saber lo que Dios desea para nosotros mediante la confirmación o negación que las cosas que suceden dan a nuestros proyectos (1 Cr 22.5-11).

⁸ Dios ha establecido que todos los hombres mueran una sola vez y después el juicio (He 9.27). Esto es voluntad general. Sin embargo Dios puede querer que una persona no muera ni una sola vez (Enoc = Gn 5.24) o que muera dos veces (Lázaro = Jn 11.44). Esto es voluntad particular.

Es de vital importancia recordar que si queremos entender la voluntad particular de Dios es imprescindible previamente conocer y vivir dentro de la voluntad general. Es muy importante recordar que ¡quien no conoce o no vive dentro de la voluntad general de Dios jamás podrá conocer la voluntad particular de Dios! Esto es fácil de asimilar por cualquiera. ¿Podrá alguien entender cual debe ser su relación futura con una persona que le ha perjudicado, interpretando el lenguaje de las cosas que suceden, sin haber entendido previamente que hay que amar al prójimo? ¡Obviamente no! Por ello, no olvidemos que sólo desde la comprensión y vivencia de la voluntad general es posible entender la voluntad particular.

2.1.2.5. Llenos de gracia y de poder (Hch 6.8).

❖ Todo en la salvación es por gracia.

Sabemos que nuestra condición de pecadores y enemigos de Dios nos hacía merecedores de la muerte (Ro 6.23). La condenación y muerte eterna es lo único a lo que teníamos derecho, nada merecíamos (1 Co 3.5a; 4.7). Es por ello que cuando Dios decidió salvarnos en Cristo no lo hizo por nada que hubiera en nosotros o que pudiéramos hacer para merecer algo de su parte. La Biblia afirma que la salvación es por gracia y no por obras (Ef 2.8). Todo lo que acompañó a nuestra salvación también fue por gracia. El arrepentimiento y la fe fueron dones de Dios por el Espíritu Santo aplicando la Palabra en nosotros con poder para producir convicción de pecado y fe en Jesucristo como salvador (Ef 2.8) (Hch 11.18) (Ef 1.19) (Jn 16.8) (Ro 10.17) (2 Ti 3.17).

❖ El servicio a Dios sólo es posible por su gracia.

De igual manera el que una persona pueda llegar a servir a Dios es un acto de pura gracia de su parte. Esta gracia nos da el poder o unción capacitadora de Dios para servirle (Hch 1.8). Así lo confirma Pablo en sus cartas, junto con el Espíritu recibimos el poder de Dios (2 Ti 1.7). Este poder, desplegado en nosotros a través de los dones del Espíritu, es la causa de nuestras capacidades espirituales y ministeriales (1 Co 12.6-10). No importa que tengamos muchas cualidades humanas o que hayamos trabajado mucho en esta vida, si servimos a Dios es por su gracia, porque él ha tenido a bien capacitarnos con su poder para usarnos como instrumentos suyos (1 Co 15.10; 3.5b). El reconocimiento de esta verdad es fundamental para no envanecernos y para tener un ministerio en el que la humildad y la dependencia de Dios sean los rasgos característicos (1 P 5.6). A veces Dios tiene que permitir situaciones adversas en nuestras vidas para recordarnos permanentemente que todo lo que somos o que todo lo que hacemos es por su gracia y no por nuestras capacidades o méritos personales (2 Co 12.5-9). Quien reconoce que todo en su vida es por la gracia y el poder de Dios adquiere la verdadera fortaleza cristiana necesaria para servir y glorificar a Dios (2 Co 12.10).

2.1.3. Bibliografía

- ❖ MONCLÚS ESTELLA, *Educación y sistema educativo*, Ed. Universidad Complutense, Madrid, 2004.
- ❖ E. TRENCHARD, *El niño y la Escuela Dominical*, Ed. LB, Madrid, 1965.
- ❖ GARY COLLINS, *Hombre en transición*, Ed. Caribe, USA, 1978.
- ❖ H. HENDRICKS, *Enseñando para cambiar vidas*, Ed. Ed. UNILIT, USA, 2003.
- ❖ INA S. LAMBDIN, *El arte de enseñar a los intermedios*, Ed. CBP, USA, 1969.
- ❖ JAY E. ADAMS, *Capacitado para orientar*, Ed. PE, Barcelona, 1981.
- ❖ JILL MASTERS, *Enseñanzas para toda la vida*, Ed. Peregrino, USA, 2006.
- ❖ J. M. PRICE, *Jesús el maestro*, Ed. CBP, USA, 1973.
- ❖ L. SANDERSON, *Usando la Escuela Dominical en el Evangelismo*, Ed. CBP, USA, 1958.
- ❖ LUISA JETER DE WALKER, *Métodos de enseñanza*, Ed. Vida, USA, 1975.
- ❖ P. SÁNCHEZ DELGADO, *El proceso de enseñanza y aprendizaje*, Ed. Universidad Complutense, Madrid, 2004.
- ❖ TEDD TRIPP, *Cómo pastorear el corazón de su hijo*, Ed. SP, USA, 2004.
- ❖ VVAA, *Curso para la obtención del CAP de la Universidad Alfonso X el Sabio*, Ed. ICSE, Gran Canaria, 2005.
- ❖ VVAA, *Educación cristiana*, Ed. CITE, USA, 1992.
- ❖ VVAA, *Libro blanco de la enseñanza evangélica*, Editado por FERED, Madrid, 1990.
- ❖ VVAA, *Llamados a enseñar*, Ed. Caribe, USA, 1969.
- ❖ W. V. GRITTER, *Los principios de la enseñanza cristiana*, Ed. CITE, USA, 1990.

